

DIOS CUMPLE SUS PROMESAS Y SUS PLANES PARTE 4

14 de marzo de 2018

Gabriel Ferrer y Yolanda Rodríguez

2 Timoteo 1: 9:

⁹ quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.

En la prédica pasada hablamos del siervo Josué y de cómo Dios lo preparó para cuando asumiera el ministerio que el Señor le daría después de Moisés, que consistía en hacer entrar al pueblo de Israel en la tierra prometida. Hoy continuaremos aprendiendo sobre el ejemplo de este siervo fiel.

El segundo evento en la preparación del siervo Josué es el del reconocimiento de la tierra prometida. El Señor da la orden; leamos Números 13: 1-2:

¹ Y Jehová habló a Moisés, diciendo:

² Envía tú hombres que reconozcan la tierra de Canaán, la cual yo doy a los hijos de Israel; de cada tribu de sus padres enviaréis un varón, cada uno príncipe entre ellos.

Entre estos príncipes estaban Oseas hijo de Nun, que es el mismo Josué, de la tribu de Efraín, y Caleb, hijo de Jefone, de la tribu de Judá, los únicos que fueron fieles al llamado, a los propósitos y planes del Señor.

Este pasaje sobre los doce espías y lo que hicieron Josué y Caleb, lo toman mucho en las predicaciones para hablar de la valentía, pero lo enmarcan en la

pelea por cosas materiales, por la tierra material. Pero quiero que tengas en mente que la tierra prometida fue una promesa que Dios le dio a Abraham y confirmó a Isaac y Jacob, pero esta promesa estaba fundada en la eternidad, en una perspectiva eterna; no estaba circunscrita en una perspectiva efímera, momentánea, pasajera e inmediata. Recordemos el pacto que Dios hizo con Abraham, leamos Génesis 17: 7-8:

⁷Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti.

⁸Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos.

Quiero que note las palabras que Dios usa aquí, que le da a Abraham en el pacto; le dice el Señor que establecerá su pacto entre Él y Abraham de manera perpetua. Aquí Dios le está revelando a Abraham la eternidad, pues le estaba diciendo que si lo aceptaba y aceptaba su pacto, entonces viviría perpetuamente, es decir, eternamente, por cuanto dicho pacto es perpetuo. Ahora quiero que siga mirando el versículo 7; mire cómo dice "para ser tu Dios", lo cual también estaba implicado en el pacto perpetuo, eterno. El Señor le estaba diciendo a Abraham que Él sería su Dios por la eternidad, ¡aleluya! Y no sólo le ofreció esto a Abraham, sino que le dijo que también la promesa era para su descendencia.

Ahora quiero que mire el versículo 8 que habla de la tierra. El Señor le dice a Abraham que dentro del pacto estaba la tierra de Canaán, pero miren que el Señor dice "como heredad perpetua", es decir, como heredad eterna.

De tal manera que Abraham recibió un ofrecimiento de eternidad, porque el varón sabía que era un ser humano y que moriría en cualquier momento; esto

fue lo que seguramente aprendió en la Mesopotamia, lo efímero, el famoso dicho de "comamos y bebamos que mañana moriremos". Pero Dios visitó a Abraham y luego le reveló la eternidad de vida; le dijo "tú no vas a morir, tú vas a vivir eternamente y Yo seré tu Dios y el de tu descendencia; la bendeciré y te daré una tierra en Canaán en la que vivirás eternamente". ¡Aleluya!

¿En qué se diferencia este ofrecimiento al que el Señor te ofrece en el Nuevo Pacto en su muerte? Pues no hay diferencia y esto es lo que el libro de Hebreos enseña. El Señor le dijo a Abraham que saliera de su tierra y de su parentela, es decir, del mundo, de su familia corrompida e idólatra, que saliera de la inmundicia; y obedeció; luego le dijo: "Yo seré tu Dios perpetuamente, eternamente"; Abraham obedeció. El Señor nos dice a nosotros que salgamos del mundo; lea 2 de Corintios 6: 16-18:

¹⁶ ¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo:

Habitaré y andaré entre ellos,
Y seré su Dios,
Y ellos serán mi pueblo.

¹⁷ Por lo cual,

Salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor,
Y no toquéis lo inmundo;
Y yo os recibiré,

¹⁸ Y seré para vosotros por Padre,

Y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.

El Señor le dijo a Abraham que le daría una tierra que en el libro de Hebreos se revela que es la ciudad celestial, la Nueva Jerusalén. Leamos Hebreos 11: 8-10:

⁸ Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba.

⁹ Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa;

¹⁰ porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

De la misma manera Dios nos ofrece en el Nuevo Pacto, la entrada y la herencia en esta ciudad celestial y en la Tierra Nueva. Jesucristo no vino a ofrecernos una tierra en este tiempo, una casa, un carro, una posición social o política. No. Pero Jesús sí vino a ofrecernos en su Nuevo Pacto su presencia como el esposo amado, vino a ofrecernos una Nueva Tierra, una ciudad celestial, una casa no hecha de manos humanas, sino la casa del Padre, vino a ofrecernos un cuerpo glorificado que no tendrá límites de espacio, vino a ofrecernos un sacerdocio y un reinado con Él durante el Milenio y el Reino Eterno. ¡Aleluya!

¿Cuántos están dispuestos a recibir este glorioso ofrecimiento? Pero muchos No lo aceptan; y otros que lo aceptaron se han dejado engañar por el diablo con los ofrecimientos que le hizo a Jesús en el desierto de la tentación: El poder humano y aún sobrenatural para vanagloria, los deseos de la carne y los deseos de los ojos, la vanidad de los reinos de esta tierra efímera que será destruida por el Cristo vivo.

Abraham aceptó el ofrecimiento de la eternidad, del Dios eterno, de la Tierra eterna por fe. Y este pacto lo comunicó a su hijo Isaac e Isaac a Jacob; pero Dios mismo les confirmó a estos su pacto. José también creyó esta Palabra, pues en su lecho de muerte confirmó la profecía de que el pueblo iría a la tierra prometida. Leamos Génesis 50: 24-25 (resaltados nuestros):

²⁴ Y José dijo a sus hermanos: Yo voy a morir; mas **Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob.**

²⁵ E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos.

Esta promesa para la eternidad, inscrita en un pacto, la recibió Moisés a quien le tocó la misión de sacar al pueblo de la esclavitud para guiarlo hasta donde Dios le permitió. Recordemos que en el evento del pecado del becerro, cuando Moisés estaba en el monte Horeb, cuando descendió con las tablas de la ley, vio las abominaciones que hacía Israel y Dios le dijo que iba a exterminar al pueblo; pero Moisés intercedió y recordó en esta poderosa oración el pacto, la promesa hecha a Abraham por la eternidad; recordemos Éxodo 32: 13 (resaltados nuestros):

¹³ Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; **y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre.**

Moisés sabía que en algún momento iba a morir, sabía que el pueblo de esa generación también; pero el siervo Moisés no tenía puesta la mirada en lo terrenal y efímero, sino en lo eterno.

Estas aclaraciones que acabo de hacer son necesarias en este punto del relato bíblico, sobre el reconocimiento de la tierra que el Señor mandó a hacer a los 12 príncipes dentro de los cuales se encontraban Josué y Caleb. Regresemos a esta historia.

Estos doce hombres fueron a reconocer una tierra, pero ellos ya conocían la información de que era la tierra prometida por Dios; y que el Señor les había dicho que se la había dado por heredad perpetua, por heredad eterna. De tal manera que el asunto aquí era de fe, de creer en la eternidad que Dios había ofrecido o no creer en esta eternidad, con todas las promesas de bendición,

de la presencia de Dios prometida. Pero esto sólo lo recibieron y entendieron Josué y Caleb, pues los otros diez tenían puestos su ojos en la tierra visible, inmediata, efímera; de tal manera que el menosprecio y el vituperio que manifestaron estaba dirigido hacia la eternidad de Dios, hacia su Ser eterno, su promesa eterna, su presencia eterna y gloriosa, su Tierra Nueva, su ciudad celestial eterna, la Nueva Jerusalén. Leamos Números 13: 26-29:

²⁶ Y anduvieron y vinieron a Moisés y a Aarón, y a toda la congregación de los hijos de Israel, en el desierto de Parán, en Cades, y dieron la información a ellos y a toda la congregación, y les mostraron el fruto de la tierra.

²⁷ Y les contaron, diciendo: Nosotros llegamos a la tierra a la cual nos enviaste, la que ciertamente fluye leche y miel; y este es el fruto de ella.

²⁸ Mas el pueblo que habita aquella tierra es fuerte, y las ciudades muy grandes y fortificadas; y también vimos allí a los hijos de Anac.

²⁹ Amalec habita el Neguev, y el heteo, el jebuseo y el amorreo habitan en el monte, y el cananeo habita junto al mar, y a la ribera del Jordán.

Leamos los versículos 32 y 33:

³² Y hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra que habían reconocido, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra que traga a sus moradores; y todo el pueblo que vimos en medio de ella son hombres de grande estatura.

³³ También vimos allí gigantes, hijos de Anac, raza de los gigantes, y éramos nosotros, a nuestro parecer, como langostas; y así les parecíamos a ellos.

Esto mismo hacen todos aquellos que, estando en el evangelio, menosprecian el señorío, menosprecian y desechan la eternidad que Dios ha dado en Cristo Jesús, pues vituperan las promesas de Dios y blasfeman de estas promesas; pues terminan diciendo lo mismo que los diez espías incrédulos y perversos; dicen por ejemplo: "este camino del evangelio es muy duro, son muchos gigantes, son muchas pruebas; Satanás me ataca y tiene poder y yo soy como una langosta ante el diablo y sus ataques".

Menosprecian al Señor, porque cuando recibimos a Cristo, el Nuevo Pacto está sobre nosotros, recibimos promesas de la Ciudad celestial, de la eternidad de vida con Dios, recibimos armas espirituales, poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, recibimos la victoria que Cristo ganó sobre Satanás y sus demonios; pero también recibimos un ministerio, un encargo, una comisión, para cuyo cumplimiento pleno y ejecución, el Señor nos da dones de su Santo Espíritu, investidura de lo alto de su Santo Espíritu, para que muchos sepan que hay un Nuevo Pacto, hay unas promesas eternas, a las cuales pueden acceder en Cristo Jesús, mediante el arrepentimiento, la aceptación del Señor en el corazón contrito y humillado y la fe en Jesús.

Y si hemos recibido el ministerio del Señor Jesús con los dones, ¿cómo puedo usarlos mal?, ¿cómo puedo aprovecharme de esos dones para mi propio beneficio? Y aún peor, ¿cómo puedo decidir cuándo usarlos, cuándo ponerlos de vacaciones, cuando detenerlos?, si el Señor me dio esos dones para el ministerio que le plació darme, con el propósito de la edificación del cuerpo de Cristo, es decir, su iglesia. **¿Cómo puedo rehuir el ministerio que recibí de la misma mano del Señor Jesucristo?** Estas preguntas nos deben confrontar. Pablo entendió esto y por eso, no le importaron los gigantes, como Josué y Caleb, los gigantes que podía encontrar en el camino, no le importaron los ataques de Satanás, no le importaron cuantas fortificaciones o ciudades cerradas podía encontrar, lo cual para el caso de Josué eran lugares físicos, pero para Pablo eran corazones con murallas, endurecidos por el pecado y aún con fortalezas satánicas, cautividades de todo tipo. A Pablo no le importó esto, como a Josué y Caleb no le importó todo esto, porque sabía en quién había creído y sabía cuál era la comisión, el encargo, el ministerio que habían

recibido del Dios vivo, del Cristo de la gloria. Por eso Pablo dijo en Hechos 20: 18-21:

- ¹⁸ Vosotros sabéis cómo me he comportado entre vosotros todo el tiempo, desde el primer día que entré en Asia,
¹⁹ sirviendo al Señor con toda humildad, y con muchas lágrimas, y pruebas que me han venido por las asechanzas de los judíos;
²⁰ y cómo nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casas,
²¹ testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Pablo no rehuyó a la comisión, al ministerio que le fue entregado, a pesar de las pruebas, tribulaciones, persecuciones, gigantes en el camino; por el contrario, siguió anunciando y enseñando públicamente y por las casas, testificando. Pablo nunca se detuvo, ni aun cuando el mismo Espíritu Santo le dijo que le esperaban prisiones y persecuciones; cuando supo esto, lo que dijo, afirmó con fe, certeza y convicción fue lo que leemos en Hechos 20: 22-24 (resaltados nuestros):

- ²² Ahora, he aquí, ligado yo en espíritu, voy a Jerusalén, sin saber lo que allá me ha de acontecer;
²³ salvo que el Espíritu Santo por todas las ciudades me da testimonio, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones.
²⁴ **Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios.**

¿Cuántos están dispuestos aquí?, pues lo han decidido así con toda la fe del Señor, ¿cuántos están dispuestos a acabar la carrera en el evangelio, con gozo y cumplir el ministerio que recibieron del Señor Jesús, que consiste en dar testimonio de la gracia de Dios?

Josué y Caleb tomaron la misma decisión de Pablo. Pero los otros diez varones lo que hicieron fue agregar más pecado, desalentando al pueblo de Israel y llevándolo a la rebelión. El objetivo del diablo era que rechazaran la eternidad y regresaran a Egipto, al mundo, al pecado, a la muerte eterna, a la destitución de la gloria de Dios que ya se les había ofrecido desde Abraham. Leamos Números 14: 1-4:

¹ Entonces toda la congregación gritó, y dio voces; y el pueblo lloró aquella noche.

² Y se quejaron contra Moisés y contra Aarón todos los hijos de Israel; y les dijo toda la multitud: ¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos!

³ ¿Y por qué nos trae Jehová a esta tierra para caer a espada, y que nuestras mujeres y nuestros niños sean por presa? ¿No nos sería mejor volvernos a Egipto?

⁴ Y decían el uno al otro: Designemos un capitán, y volvámonos a Egipto.

Miren cómo a la Tierra dada por la eternidad, que era la tierra de vida, le llamaron tierra de muerte, porque Satanás llama malas a las cosas buenas y a las malas, buenas. Ante esta situación Josué y Caleb se levantaron a defender la eternidad, la promesa, se levantaron a predicar la poderosa Palabra.

Números 14: 6-9:

⁶ Y Josué hijo de Nun y Caleb hijo de Jefone, que eran de los que habían reconocido la tierra, rompieron sus vestidos,

⁷ y hablaron a toda la congregación de los hijos de Israel, diciendo: La tierra por donde pasamos para reconocerla, es tierra en gran manera buena.

⁸ Si Jehová se agradare de nosotros, él nos llevará a esta tierra, y nos la entregará; tierra que fluye leche y miel.

⁹ Por tanto, no seáis rebeldes contra Jehová, ni temáis al pueblo de esta tierra; porque nosotros los comeremos como pan; su amparo se ha apartado de ellos, y con nosotros está Jehová; no los temáis.

Dios honra a los que lo honran; y por ello, decretó la destrucción del pueblo rebelde, lo cual fue su perdición en el Infierno, pues no entraron en el reposo

de Dios como dice el libro de Hebreos. Pero la fidelidad de Dios se derramó sobre Caleb y Josué y su misericordia se extendió sobre los hijos de esa generación rebelde, por causa del pacto con Abraham, a quienes el Señor les permitió entrar en la Tierra Prometida a manos de Josué. Leamos Números 14: 22-24.

²² todos los que vieron mi gloria y mis señales que he hecho en Egipto y en el desierto, y me han tentado ya diez veces, y no han oído mi voz,

²³ no verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá.

²⁴ Pero a mi siervo Caleb, por cuanto hubo en él otro espíritu, y decidió ir en pos de mí, yo le meteré en la tierra donde entró, y su descendencia la tendrá en posesión.

Leamos ahora lo que dicen los versículos 26 al 32:

²⁶ Y Jehová habló a Moisés y a Aarón, diciendo:

²⁷ ¿Hasta cuándo oiré esta depravada multitud que murmura contra mí, las querellas de los hijos de Israel, que de mí se quejan?

²⁸ Diles: Vivo yo, dice Jehová, que según habéis hablado a mis oídos, así haré yo con vosotros.

²⁹ En este desierto caerán vuestros cuerpos; todo el número de los que fueron contados de entre vosotros, de veinte años arriba, los cuales han murmurado contra mí.

³⁰ Vosotros a la verdad no entraréis en la tierra, por la cual alcé mi mano y juré que os haría habitar en ella; exceptuando a Caleb hijo de Jefoné, y a Josué hijo de Nun.

³¹ Pero a vuestros niños, de los cuales dijisteis que serían por presa, yo los introduciré, y ellos conocerán la tierra que vosotros despreciasteis.

³² En cuanto a vosotros, vuestros cuerpos caerán en este desierto.

Esta palabra la recuerda el autor de Hebreos como exhortación para la iglesia, con el fin de que no seamos rebeldes y no menospreciemos al Señor; leamos Hebreos 4: 1-3:

¹ Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado.

² Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron.

³ Pero los que hemos creído entramos en el reposo, de la manera que dijo:

Por tanto, juré en mi ira,

No entrarán en mi reposo; m aunque las obras tuyas estaban acabadas desde la fundación del mundo.

Y este reposo es la Ciudad celestial, la Nueva Jerusalén, la misma eternidad que el Señor le ofreció a Abraham y creyó y le fue contado por justicia. Es la promesa que recibieron Isaac, Jacob, Josué y prosiguió la promesa hasta la época de Moisés y Josué. Es el reposo eterno con Dios, la buena nueva, el Evangelio de salvación; leamos Hebreos 4: 6-13:

⁶ Por lo tanto, puesto que falta que algunos entren en él, y aquellos a quienes primero se les anunció la buena nueva no entraron por causa de desobediencia,

⁷ otra vez determina un día: Hoy, diciendo después de tanto tiempo, por medio de David, como se dijo:

Si oyereis hoy su voz,
No endurezcáis vuestros corazones.

⁸ Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no hablaría después de otro día.

⁹ Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios.

¹⁰ Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las tuyas.

¹¹ Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia.

¹² Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

¹³ Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta.

La Palabra juzgará a los desobedientes, a los rebeldes, a los que rechazaron el reposo de Dios, porque el día del juicio todo será manifiesto.

LA PREDICACIÓN ORAL DE ESTE MENSAJE SE ENCUENTRA EN BEREAS FILMS BARRANQUILLA: https://youtu.be/yFM_kjClBeg